

Jaime Torres Bodet

## Una novela picaresca del siglo XX

LOS CABALLEROS LAS PREFIEREN RUBIAS

**M**E aquí un libro que se ha hecho preceder de la reputación editorial más extraordinaria: dos millones de ejemplares se han vendido de él en menos de un año y medio; se ha traducido al francés, al alemán, al italiano y—cosa admirable para nuestra lentitud—dos veces ya al español. La segunda de estas versiones castellanas es la de don Ricardo Baeza que acabamos de recibir y nos ofrece más garantías de fidelidad que la primera. El título inglés: *Gentlemen prefer blondes* ha sido respetado en la traducción, aunque no se adapte del todo a la novela y sea, más que otra cosa, un hábil procedimiento de herir la curiosidad femenil, siempre despierta por indagar el estado de sus valores en esa Bolsa tornadiza que es para ellas la predilección del «sexo fuerte».

¿Repetiremos que la obra escapa a la literatura? Se ha dicho ya todo lo que se podía decir acerca de la sintaxis atormentada, de las redundancias y de la total ausencia de estilo de la autora. Pero, a través de estas dificultades de su lectura, no hay un solo crítico que no haya sentido la vibración de una inteligencia muy penetrante en las páginas de esta historia de lo que Anita Loos—con un raro acierto—ha llamado «La Señorita Profesional». No es, pues, como una obra literaria como deberemos juzgarla, sino como un documento frívolo, lleno de

materiales que la literatura podría aprovechar y que, a pesar de estar todavía informes, recuerdan siempre algunas *maneras* literarias bien conocidas: la novela picaresca española del siglo XVI y la novela erótica francesa del siglo XVIII.

Después de la guerra de 1914, ha invadido el mundo un nuevo sexo, intermediario entre la mujer demasiado sensible del pasado y el hombre que un mimetismo especial con la máquina convertirá muy pronto en una máquina más. Este sexo nuevo—que no tiene que ver absolutamente nada con la *Sodoma y Gomorra* de Proust—es el de la *señorita profesional*. Los Estados Unidos le han dado su fórmula, su traje, sus costumbres. Era ya hora de que le dieran también su definición y, arrancándolo a la fotografía del cine, lo situaran en la perspectiva indirecta—plano oblicuo—de la novela. Esto ha sido el secreto de la inmoderada divulgación de la obra de Anita Loos. Se lee porque disimula los horizontes intelectuales que abarca bajo el aspecto de un documento vivo. La misma forma autobiográfica del relato lo anima y le proporciona un carácter probatorio. El lector se encuentra así ante una mujer y, al mismo tiempo ante un tipo. Desde este punto de vista, la obra de Mrs. Loos es, más que una novela un análisis psicológico, la materia de un estudio preciso. No empieza a ser obra de arte para dejar de serlo en seguida, sino en el minuto en que se convierte—al lado de la figura esencial—en una sátira de costumbres, en una burla de la civilización.

Su filosofía—¿cómo hablar de filosofía ante la fragilidad de una historia frívola?—es de una amargura que la sonrisa constante de la autora no logra atenuar. Constituye el resumen de todos los egoísmos que la vida ha ido acumulando en el espíritu de ese grupo de codiciosas que se han dado el nombre de muchachas modernas y, desde otro ángulo, el juicio de los valores que *América*—entiéndase Estados Unidos—desdeña en el conjunto de la cultura occidental. La literatura, el arte, el gobierno—el Príncipe de Gales—la psicología—Freud—desfilan bajo la pluma de Anita Loos y adquieren inmediatamente sobre el papel las posturas más crueles. Lo importante para esta mu-

jer es, como temperatura de ambiente, el *Ritz*, ese hotel universal que sustituye para ella el color de los sitios visitados; como gimnasia, el viaje a través de los almacenes; como idilio, el cabaret. El claro de luna se ha convertido en un medio de hipnotizar a los hombres con su cocaína sentimental y de hacer menos dolorosa la extracción de un billete de banco. El paisaje se endureció tanto tras del cristal de una ventanilla que más parece un adorno de pullman que una realidad del itinerario. París es el lugar donde *Coty* y *Cartier*—esos héroes del perfume y del pendantif—han establecido sus monumentos y los museos sitios donde el turista entra a un concurso de resistencia, arruinándose los ojos en la contemplación de esos objetos inútiles que los caballeros no pueden regalar a las damas y en donde, como dice la autora «se habla continuamente de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI—que se dedican sin duda al negocio de las antigüedades».

Pero de todos estos vicios, la amargura que nos queda en la imaginación ¿no nos recuerda alguna experiencia semejante? Sí, y la que menos pudimos prever. Al género que más se parece la obra de Anita Loos no es al de las memorias de Casanova, sino a la novela picaresca de los siglos de oro, al *Lazarillo de Tormes*, al *Guzmán de Alfarache* y al *Diablo Cojuelo*. «Son esenciales a la novela picaresca—asegura Américo Castro en su admirable estudio del *Pensamiento de Cervantes*—la técnica naturalista, el carácter autobiográfico y el hecho de gustar la vida con mal sabor de boca». Estas tres circunstancias coinciden en la novela de Anita Loos. Ya hemos hecho notar la amargura de sus conclusiones morales. (No ofrece mayor cinismo el relato de la Vida del Buscón o la condición amoral del Lazarillo). En cuanto al sistema narrativo adoptado, es semejante en Mrs. Loos y en los autores de la novela picaresca española: la forma autobiográfica—que no hay que confundir con el *monólogo interior* de Dujardin, tan gustado por los novelistas de vanguardia: Valéry Larbaud en *Amants*, *Heureux Amants*, Joyce en *Ulises* y, antes que ellos, Proust. La autobiografía tradicional es más ligera que el monólogo interior

y elude las dificultades de análisis en que éste se goza. Superior en movimiento descriptivo, es inferior a él en profundidad.

Por donde Cervantes escapa precisamente a la novela picaresca es por el interés artístico con que mueve sus personajes dentro de un ambiente, por el color que comunica a los sitios. La novela picaresca es una novela de hechos. No le interesa el paisaje, sino las situaciones. El truhán se referirá a Sevilla, a Málaga y no sentirá nunca la necesidad de describirlas. Tal vez no las haya siquiera mirado. En esto también la obra de Anita Loos, sin méritos literarios de calidad, es una novela picaresca. La protagonista atraviesa Londres, París y Viena, sin mirarlas. Advertirá—es cierto—el hedor de algunas calles de París, pero será, sólo, para explicar la industria de la perfumería y, si critica las costumbres dietéticas de los alemanes—kermeses de salchicha y cerveza—, es porque ellas privarán a su amiga Dorothy de *afianzar* a un pretendiente.

Esta ausencia del *ambiente*—uno de los elementos esenciales de la novela del siglo pasado—coloca al libro de Mrs. Loos a un paso del siglo XVIII. ¿Qué son, en efecto, *Manon Lescaur* y *Les Liaisons Dangereuses* de Laclos sino la crónica muchas veces árida, el *documento* de la vida amorosa en el siglo de Luis XV? Si la pluma del Abate Prévost atenúa los acentos de la realidad no es nunca con propósito sentimental bien definido y puede decirse, sin paradoja, que la reputación lacrimosa de que su obra ha sido rodeada es, más que un resultado de sus méritos, la contribución inevitable del romanticismo que la juzgó. Caracterizan a los novelistas del setecientos una ausencia de escrúpulos y un afán escrutador de análisis que la actitud espiritual del mundo moderno ha vuelto a poner de moda. Si suprimiéramos de *La Nueva Eloísa* las descripciones del Lago y los paseos melancólicos de Rousseau no nos quedaría sino un modelo más de lo que puede la novela como instrumento analítico; acaso un eco precursor de la sinfonía psicológica en que había de convertirse bajo la mano enfermiza—ninguna más sabia—de Marcel Proust. De aquí que sólo aparentemente resulte absurdo insinuar una conexión definida entre la novela

abstracta del siglo XVIII y la historia de la muchacha norteamericana que nos presenta Anita Loos. También ella pretende escapar a toda realidad pintoresca. Escoge para ello el camino más corto: el de instalarse dentro de la realidad aun a riesgo de confundir su obra por momentos con la frivolidad de una crónica periodística.

En cambio, en contra de las costumbres de la novela del setecientos que mezclaba a los hechos las más ingeniosas teorías, la obra de Mrs. Loos transcurre en una absoluta ausencia de dogma. La autora ve admirablemente y ríe sin piedad de cuanto ve. ¡Pero su campo es tan estrecho! Mentiríamos si dijéramos que cabe en el espacio de una alcoba—nadie menos erótica que esta *señorita profesional*—pero no correríamos gran riesgo de equivocarnos al agregar que su generalización más cuantiosa no rebasa los límites de una simple *boutade*. Esta por ejemplo, citada al último por la sonriente filosofía que expresa: «Esta mañana a las diez, todavía durmiendo, me despertó Harry para entregarme una gran caja de parte de Piggie con una docena de orquídeas. Que es realmente de lo que se trataba, pues acostumbrando a Piggie a gastar diez libras diarias en un puñado de orquídeas no tardará en parecerle una verdadera ganga la diadema de brillantes. Siempre he pensado que el gastar dinero no es sino una costumbre y que si se logra habituar a un caballero a comprar a diario una docena de orquídeas es seguro que no se tardará mucho en inculcarle las mejores costumbres».